

marinero y pescador, quien se prestó gustoso á acompañarlos con otros tres indios y dos mujeres para que preparasen el pan en otra canoa que salió en conserva con la falca á la bahía: subieron río arriba por el Río Nuevo hasta el pueblo de Lamanay, el cual hallaron en desolador estado, con las casas é iglesia incendiadas y todos sus habitantes alzados: prosiguieron hasta Kolmotz, donde desembarcaron dejando las canoas amarradas y escondidos los remos y palancas, con objeto de ir por tierra hasta el río Cancanilla, en cuya ribera descansaron el tiempo suficiente para estar en aptitud de continuar á Boxelac; aquí determinaron detenerse y enviar mensajeros á Tipú, solicitando una entrevista; pero hubo la dificultad de que todos los indios de la comitiva se excusaban de llevar el mensaje temiendo ser asesinados por los rebeldes, y fué necesario valerse de súplicas y exhortaciones hasta que se consiguió que los caciques D. Francisco Chablé y D. Andrés Pech se allanasen á llevar la carta del P. Fuensalida al jefe de los rebeldes.

Entretanto volvían los mensajeros, entretúyose el P. Fuensalida y su comitiva en visitar el distrito llamado Zacatán, que habían ocupado los rebeldes, y que se había convertido en solitario yermo: los pueblos antes florecientes de Chantomé, Holpatín, Zaczuc, Punay, Zonavil, Zockux, Lukú, Mazanahau, Zacahan, Petenzuh, todos los encontraron incendiados, despoblados, abandonados, y listos ya, por su aislamiento y aban-

dono, á convertirse en buena presa de los piratas ingleses que después habían de formar allí la posesión de Honduras Británica.

Llegó la respuesta de los rebeldes traída por el capitán Gaspar Chuc, acompañado de diez ó doce indios embijados y armados de flechas: traían un presente de cacao, vainillas y algunas tablillas de chocolate; pero la carta-respuesta era lo más aflictiva que imaginarse pudiera, pues venía sin firma alguna, y su contenido se reducía á expresar con palabras secas y rudas que el mensaje del P. Fuensalida había alborotado á los rebeldes, y así, intimaba á los religiosos que se abstuviesen de continuar su camino, y que se volviesen á Salamanca de Bacalar; no obstante, los franciscanos permanecieron una semana más en Zaczuc, esperando conciliarse la buena voluntad de los indios á fuerza de amor y halago mostrados á algunos de ellos que se les presentaban alguna vez, como el cacique de Holpatín, D. Pedro Noh, sus hijos y sirvientes, y el cacique D. Francisco Yam, que les traía provisiones. Mas todo fué vano, nada adelantaron; faltábanles alimentos y hasta abrigo de la intemperie, pues vivían bajo una enramada, y esta situación se hacía insoportable con las lluvias que empezaban: escribieron al cacique de Hubulná rogándole que viniese con algunos de sus indios á llevarlos á su pueblo, y aunque éste se mostró deferente á obsequiar su deseo, queriendo granjearse la benevolencia de los rebeldes de Tipú les avisó cómo los franciscanos iban á ser

sus huéspedes, de modo que los desgraciados sacerdotes se encontraron con bastante gente enemiga con intención manifiesta de sacarlos de grado ó por fuerza de su territorio. Así fué que supieron que en lo más apartado del pueblo de Hubulná, y también en otra casa junto á donde estaban aposentados los religiosos, celebraban con gran ruido y algazara una fiesta idolátrica, con su acompañamiento indispensable de baile y borrachera; y á pesar de la mala aprehensión que causó á los franciscanos semejante estado de orgía permanente, resolvieron arrostrar hasta el fin la situación angustiosa en que se hallaban, y convocaron por medio del cacique á una asamblea popular en la cual se leyeron las cartas en lengua maya del Gobernador y del Obispo, persuadiendo á la obediencia y acatamiento de las autoridades constituídas; pero ni la lectura de estas cartas, ni los suaves razonamientos del P. Fuensalida fueron parte á doblegar las indómitas voluntades de los rebeldes, antes al contrario, se llenaron de coraje y se fueron saliendo del local de la asamblea, sañudos y silenciosos, hasta dejar al cacique desairado en compañía de los franciscanos.

De mal augurio eran tan persistentes y sordas muestras de enojo, y más cuando se supo que el mismo cacique de Hubulná había desamparado esa misma noche la casa de su morada: algo grave debía estarse tramando, y no tardó en despejarse la incógnita, pues á la mañana siguiente, muy temprano, oyóse un gran estrépito

to de grandes caracoles, cuales los usaban los indios en sus guerras, y destemplados gritos de muchedumbre de indios embijados y armados de flechas y lanzas, que venían en són de amenaza, y que pronto cercaron la casa de los franciscanos, y de rota batida se metieron de tropel en ella, y encarándose con el P. Fuensalida, el capitán principal de ellos, le dijo: "*CBin hulech, cech Mam,*" "aquí te flecharemos, abuelo;" con cuya feroz salutación el franciscano ya se creyó atado á un árbol y matado á saetazos sin remedio, muerte que aceptó resignado, y que juzgó más segura cuando vió que aquellos desalmados se arrojaron desatentadamente sobre él y su compañero, los derribaron en tierra, y les ataron las manos por atrás, y así maniatados los llenaban de oprobios, y blandiendo sus armas decían: "Venga el Rey, vengan los españoles, que aquí los esperamos para pelear:" resonaban gritos de muerte y de burla, y algunos preguntaban con mofa al P. Fuensalida: "¿Bixtun ú than á Kul?" "¿qué dice tu Dios?". Robáronse los ornamentos y ropa de uso, hicieron pedazos las imágenes y símbolos religiosos, y su furia no se saciaba: por fortuna, el capitán, aunque duro en palabras y en baldones, no extremó su inquina hasta la muerte, sino que se contentó con hacer sufrir largo tiempo á sus víctimas, y al fin los mandó desatar, y con grandes voces, silbos y afrentas, los fueron echando á empellones del pueblo, hasta llegar al riachuelo de Yaxtul Hau, donde los embarcaron, al parecer con intención

de que se muriesen de hambre en el camino, porque no les proporcionaron bastimento de ninguna especie.

Bañáronse en gozo los franciscanos y sus compañeros de haber escapado con vida, é hicieron todo esfuerzo por subir el río hasta encontrar un buen desembarcadero para dirigirse por tierra á Boxelac: cruzaron luego, de prisa y á pié, el intrincado bosque, y llegaron fatigados de hambre y de cansancio al paraje donde habían dejado su falca, pensando embarcarse en ella y seguir hasta Bacalar. ¡Cuál fué su desconsuelo al contemplar que la embarcación había sido quemada! Creyeron perecer allí de miseria, destituidos de sustento y de embarcación para seguir el viaje, y el P. Fuensalida iba ya tan fatigado y sin aliento que apenas podía moverse sino ayudado de otras dos personas; no obstante lo cual los viajeros no perdieron el ánimo, y buscando y registrando dieron con un poco de maíz y de frijol con que calmaron el hambre, y dos canoíllas malparadas y rotas que fueron su salvación, pues las repararon como pudieron, se metieron en ellas, y abrasados de calor, debilitados por el hambre y comidos de mosquitos, cruzaron la laguna de Lamanay, entraron al Río Nuevo y con felicidad salieron á la bahía de Chetemal: desembarcaron en la costa más cercana, no atreviéndose á hacer la travesía de la bahía en sus frágiles esquifes; pidieron á Bacalar una embarcación mejor, y en ella pudieron rendir su viaje después de cuarenta días de tribulación y pesadumbre.

Fuése inmediatamente Fr. Juan Estrada á la capital á dar cuenta al Gobernador, y éste, contristado del mal éxito de la expedición, convocó una nueva junta de notables en la cual Fr. Estrada narró con sinceridad y llaneza las peripecias de su viaje. El Gobernador, en su afán de sincerarse, buscaba á quien inculpar mostrándose descontento de que los franciscanos hubiesen emprendido el viaje, á su juicio demasiado precipitadamente, si bien ellos se vindicaban arguyendo que necesitaban aprovechar la primavera para emprenderlo, pues en la estación de las lluvias de estío hubiera sido imposible, atenta la crecida de los ríos y la inundación de los caminos.

Fracasadas dos tentativas de conciliación con los rebeldes, parecía llegado el momento de subyugarlos por la fuerza de las armas; pero el Gobernador no se determinó á ello, pretextando no tener órdenes del Rey, de donde provino que la región del Zacatán quedara desierta y se convirtiese en guarida de piratas y corsarios.

En Octubre de 1642 el P. Fuensalida volvió á Mérida é ingresó en la enfermería á curarse. Poco después unos corsarios holandeses que merodeaban por el Mar de las Antillas, cautivaron á Fr. Martín Tejero y á un español llamado Lucas de San Miguel, y llevándolos consigo y haciéndoles padecer hartos trabajos y hambre, saquearon los pueblos de Zoité y Cehaké, que el P. Becerril acababa de reconstituir tras grandes penalidades y suaves persuaciones; el

P. Tejero también había reducido á los indios rebeldes del pueblo de Maná reconstituyéndolos en la isla de Sulá que ellos mismos escogieron para la nueva población, y justamente volviendo el P. Tejero de esta isla fué hecho cautivo por los holandeses.

En Noviembre de 1642 tocóle á Bacalar el turno del saqueo: Diego el Mulato después de saquear y robar á los indios establecidos en la costa de Honduras, y ahuyentarlos á los montes, recaló con setenta hombres de varias nacionalidades á la villa de Salamanca de Bacalar, donde entró de noche sin ser sentido, cogió algunos prisioneros, robó cuanto encontró en las casas y templo, y cargado de botín, se fué por tierra al pueblo de Zoité sin haber encontrado en ninguna parte la más leve resistencia, lo cual tentó á los piratas á repetir sus depredaciones; y llegaron á acosar con tanta frecuencia á los maltratados y pobres habitantes de Bacalar, que al fin tuvieron que abandonar esta villa retirándose tierra dentro á un pueblo llamado Pachhá.

Desde el 10 de Octubre de 1640 gobernaba la diócesis de Yucatán el nuevo Obispo D. Alonso de Ocón que por muerte de Fray Gonzalo de Salazar había sido preconizado para la Sede de Yucatán y Cozumel: gozó fama de distinguido literato y elocuente orador, era doctor graduado en teología por la Universidad de Alcalá de Henares, en la cual fué regente de la misma facultad y catedrático de Lógica, Física y Metafísica. Su paso fué rápido en Yucatán, si bien en los tres

años que permaneció en la Península dejó bien marcada la huella de su beneficencia y celo en el cumplimiento del deber: visitó hasta los pueblos más remotos de su diócesis, confirmando más de sesenta y ocho mil personas, sin perjuicio de dar exacto cumplimiento á los demás fines de la visita pastoral; fomentó la instrucción de la juventud, promovió la reforma de las costumbres, y por medio de la mayor escrupulosidad en la admisión de ordenandos y de rígidos exámenes periódicos á los ordenados, se propuso dotar su diócesis de clero instruído y morigerado; protegía y estimulaba la enseñanza y estudio de las ciencias y letras, llevando con los que las cultivaban sincera y afectuosa amistad; extendió especialmente su protección al estudio y enseñanza de la lengua maya, y fué tanta su afición á este idioma, que con gran satisfacción suya y bajo su presidencia, se celebró en la escuela de San Francisco un certamen literario, en el cual la tesis, las conclusiones y las argumentaciones se hicieron todas en lengua maya, y en el cual tomaron parte las personas más doctas y diestras en dicha lengua que había por entonces en la Provincia: Fr. Bernardino de Valladolid, mantenedor de la tesis, pronunció un discurso muy elocuente, y la concurrencia fué numerosísima porque todos los nacidos en tierra de Yucatán, y muchos de los nacidos en España, residentes en la Península, entendían perfectamente la lengua maya, y gustaban mucho de ella.

Hubo, sin embargo, entre el señor Ocón y los

franciscanos ruidosa querella en la cual el Marqués de Santo Floro se puso del lado de éstos: sucedió que el Obispo creyó gravosa para los indios la costumbre introducida de que contribuyesen dos veces al año para los gastos del culto en los curatos con una ofrenda consistente en dos varas de tela de algodón y una libra de cera, y conferenciando con el Provincial de San Francisco, propúsole sustituir la ofrenda por el tributo de un real por persona, á lo cual el Provincial repuso que le parecía justo se mirase por el alivio de los indios; pero que mudar una costumbre para asentar otra, tenía sus inconvenientes, y que tal vez sería mejor celebrar una junta con el Gobernador, y, de acuerdo con él, hacer un arancel al cual los franciscanos se sometiesen. El Obispo, en efecto, trató del asunto con el gobernador, y después con los jesuitas; mas creyendo que su asunto era de su exclusiva competencia, el 28 de Febrero de 1643 publicó un edicto mandando, so pena de excomunión á los curas regulares y seculares, no recibiesen sino un real en plata, como equivalente de la ofrenda acostumbrada de tela de algodón y cera, y á los indios conminaba con pena de cárcel si daban en especie la ofrenda para el culto.

En los franciscanos y sus amigos causó no poco disgusto el edicto, diciendo que la transición no debía ser tan brusca, sino más bien formando, trás maduro estudio, un arancel para los gastos del culto, y les desagradaba sobre todo la pena de excomunión, porque los francis-

canos se consideraban exentos de la jurisdicción del Obispo en la imposición de penas canónicas. El Provincial pidió al Obispo que sobreseyese en la ejecución del edicto; mas como el Obispo no quiso desistir ni alzar siquiera la conminación de censuras, el Provincial presentó sus privilegios, y apeló de la resolución episcopal para ante la Audiencia de Méjico, manifestando al interponer el recurso; que lo hacía, no por el interés de las ofrendas en especie, sino por la obligación de defender el derecho de los franciscanos de no poder ser excomulgados por el Obispo sin concesión especial del Sumo Pontífice: al mismo tiempo, y para demostrar que también se condolía de la condición de los indios, expidió una carta-patente mandando á todos los curas franciscanos que mientras durasen los efectos de la pérdida de cosechas de algodón, las ofrendas acostumbradas se recibiesen en otra mercancía equivalente, ó en un real de plata como quería el Sr. Obispo.

Este por su parte, no cejó en la ejecución de su edicto que permaneció fijado en la puerta de Catedral, y teniendo noticia de que el Guardián del convento de Hunucmá había recibido tela de algodón de los indios, le declaró por público excomulgado, le mandó poner en tablilla y notificarle por medio de notario, no obstante que no era cura sino solamente guardián, y por consiguiente exento de la jurisdicción del Sr. Obispo, según el parecer de los canonistas franciscanos de la Provincia, si bien tenían en contra suya el

parecer de los jesuitas que apoyaban la opinión del Sr. Obispo.

Los indios de su lado insistían en continuar contribuyendo en especie para los gastos del culto, y se cuenta que, sabiendo el Sr. Obispo que en el pueblo de Cholul del municipio de Mérida se tejían telas de algodón destinadas á las ofrendas anuales, mandó llamar al cacique del pueblo y le preguntó por qué, á pesar de su prohibición, querían los indios hacer semejantes ofrendas, á lo que contestó el cacique: "Señor, nosotros las hacemos con mucho gusto, porque en esta costumbre nos criaron nuestros padres y abuelos, y como desde niños vimos que ellos ofrecían esta limosna para nuestros padres espirituales y para nuestras iglesias, la damos nosotros de nuestro corazón. ¿Y quién puede quitarnos que de nuestra hacienda no demos á Dios y á nuestros ministros lo que quisiéremos, y como fuere nuestra voluntad?"

El Marqués de Santo Floro vino en auxilio de los franciscanos, sosteniendo el informe que dió al Rey de que la contribución en especie era favorable á los indios y necesaria á la conservación del culto religioso y alimentación de sus ministros, á causa de que, por la pobreza de la Provincia, el dinero era muy escaso, y no teniéndolo los indios á la mano, se verían obligados á pedirlo á especuladores españoles y mulatos que andaban por los pueblos en su negocio, y que no se lo darían sino en cambio de mercancías á precio demasiado barato; y que así el Obispo, con

la mira de favorecerlos, los iba á entregar como pasto á los especuladores, quienes no suministrarían el dinero preciso al pago de la contribución religiosa sino devengando subidas ganancias ó crecidos intereses; que con el valor de dichas ofrendas se sustentaban los ministros del culto, se reedificaban los templos, se les proveía de ornamentos y demás cosas necesarias, sin gravamen del real erario; y, haciendo justicia á las buenas y sanas intenciones del Obispo, culpaba sólo á su inexperiencia en oír á personas que quizá más se preocupaban de sus particulares intereses que del bien general, y opinaba que se continuase la costumbre, admitida hacía más de cuarenta años, de que los indios contribuyesen con géneros propios de sus mismas cosechas dos veces en el año: el día de la fiesta de sus pueblos y en la conmemoración de los difuntos.

La apelación interpuesta por los franciscanos les dió el triunfo, pues la Audiencia de Méjico sentenció en su favor; mas cuando la sentencia llegó á Mérida, ya el Illmo. Sr. Ocón no estaba en Yucatán, porque el 22 de Enero de 1643 se declaró vacante la sede por haber sido promovido el Sr. Ocón al Obispado del Cuzco en el Perú, á donde se dirigió desde el 7 de Agosto de 1644, siguiendo la práctica establecida en las Indias, de que los obispos fuesen á encargarse de sus diócesis tan pronto como eran propuestos por el Rey al Papa. Poco después, el 31 de Diciembre del mismo año, terminó el gobierno del Marqués

de Santo Floro, quien continuó domiciliado en Mérida, y aun se dice que después de su gobierno tuvo un pleito muy agrio y reñido con uno de los alcaldes de Mérida, que terminó en transacción, por mediación del Deán D. Gaspar Núñez de León (1).

(1) El manuscrito de Lara, entre los frecuentes errores de hechos, apreciaciones ó fechas en que incurre, cae también en la evidente equivocación de asegurar que el Marqués de Santo Floro fué destituido del gobierno á consecuencia de la acusación que los conspiradores del Ayuntamiento de Mérida hicieron contra él al Virrey de México, quien dice nombró por gobernador interino en su lugar á Francisco Núñez Melián. Semejante aserción es falsa, porque consta que Núñez Melián fué nombrado por el Rey, en Cuenca, el 20 de Junio de 1642.

CAPITULO XI.

GOBIERNO DE DON FRANCISCO NUÑEZ MELIÁN (1).

SUMARIO.

El doctor Diego Fernández de Córdova, Procurador General de Yucatán en Madrid.—Su memorial al Rey solicitando se prohiba el nombramiento de jueces de grana, agravios ó capitanes de guerra, so color de recaudadores de la limosna de la Santa Cruzada.—Se nombra Gobernador de Yucatán al General D. Luis Fernández de Córdova.—Renuncia el empleo y opta por ser Gobernador de Cartagena de Indias.—Nómbrese Gobernador de Yucatán á D. Francisco Núñez Melián.—Esbozo de su personalidad.—Organiza expediciones destinadas á reducir á los indios dispersos por los bosques.—Revista de armas el 13 de Abril de 1644.—Simulacro en la tarde del mismo día.—Siniestra muerte del gobernador durante el simulacro.—Entran á gobernar los alcaldes ordinarios.



RA procurador general de Yucatán en Madrid, en 1642, el doctor Diego Fernández de Córdova; y con esta personalidad presentó un memorial en el cual, recordando la cédula de 1633, en que se prohibía á los gobernadores de Yucatán nombrar jueces de grana y agravios, so color de capitanes de guerra, denunciaba un subterfugio de que se

(1) *Memorial inédito del doctor Diego Fernández de Córdova, Procurador General de la Provincia de Yucatán, en su nombre y del Defensor de los naturales de dicha Provincia.*—Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo II, página 501.—*Museo Yucateco*, tomo I, página 144.—*Tabla Díptica citada.*—*Apuntes inéditos citados.*